

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

582

25
cts

BESSIE LOVE

STANLEY SMITH

BUENAS NOTICIAS

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

Año XI BARCELONA N.º 582

Buenas noticias

Modernísima comedia de la vida universitaria
americana

Intérpretes: **Bessie Love, Mary Lawlor,
Stanley Smith, Cliff Edwards y Dorothy
Mac Nulty**



Es un film de la famosa marca
METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FIFI D'ORSAY

Prohibida la
reproducción

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Buenas noticias

Argumento de la película

I

El colegio Teit era el más agradable de los Estados Unidos.

La juventud, tanto masculina como femenina, demostraba una viva predilección por aquel centro pedagógico, donde no sólo brillaba la cultura, sino también la belleza y la alegría.

Los magníficos jardines que rodeaban los diversos cuerpos de edificio estaban ahora rebosantes de una bulliciosa multitud de muchachos y muchachas que corrían, jugaban, bromeaban y practicaban toda clase de juegos.

Algo, aunque no lo parecía, preocupaba grandemente a los alumnos del colegio Teit.

El próximo sábado había de celebrarse el partido de rugby que había de enfrentar a los campeones con el equipo del colegio Teit.

De pronto apareció en el jardín el profesor Keynon, director del colegio y catedrático de astronomía, que era un ejemplo de severidad.

Como estaba también empapado de historia, al pasar entre la bulliciosa y juvenil multitud, experimentó la sensación de que se deslizaba entre la depravada población romana congregada en el campo de Marte.

—¡Qué juventud!—exclamó—. Si no fuera por el modo de vestir, no habría medio de distinguir quién es varón y quién hembra. ¡Oh! aquellos tiempos benditos de la diligencia y del corsé... Y que Dios me perdone por haber tenido que pronunciar el nombre de esta inconveniente prenda femenina.

Inmediatamente pensó:

—Es preciso salir al paso de esta corrupción. Desde hoy daré orden de apretar hasta la estrangulación en los exámenes, y el que no conteste como es debido, recibirá una calabaza del tamaño de un paracaídas. "Ora pro nobis".

Al pasar por el pabellón donde estaba instalado el gimnasio, se detuvo un tanto sorprendido. Se oía una música viva y alegre, acompañada de un rítmico taconeó.

—¡Vaya un modo de hacer gimnasia!—se dijo—. ¡Esta juventud todo lo trastorna y perturba!

Entró en el gimnasio y quedó estupefacto ante el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Más de cincuenta gimnastas del bello sexo, la mayoría con unos pantaloncillos que no tendrían más allá del palmo y medio de altura, levantaban la pierna rítmicamente, y sometían su cuerpo a toda clase de contorsiones que el profesor calificó de indecentes.



...Sometían su cuerpo a toda clase de contorsiones...

Una orquesta de jazz-band establecía el ritmo de aquellos movimientos. Era admirable el orden y la simetría con que las alumnas evolucionaban. ¡Oh!, si observaran aquella misma regularidad en las aulas.

Babe, una pizpireta rubita que parecía tener muelles en todo el cuerpo, era, por decirlo así, la cabeza de aquel ejército de bailarinas.

Nadie vió al profesor, aunque éste hizo todo lo posible por dejarse ver.

Esto, unido al nívico destello de tantas piernas desnudas, excitó no sabía qué hondos y ocultos sentimientos y lanzó este grito empapado de una colérica austeridad:

—¡Quieto todo el mundo!

Babe se quedó con una pierna en alto y el fagot lanzó un ronquido de agonía. Todas las miradas se volvieron al que había lanzado aquella voz de ira y de amenaza.

—¡Este modo de hacer gimnasia es indecente! ¡Queda suprimida la clase hasta nueva orden!

Hubo un silencio que nadie se atrevía a romper.

—¡Responda usted!—bramó el profesor, dirigiéndose a Babe.

—Señor Keynon—balbuceó la muchacha—. Le recuerdo que estamos ensayando la obra que hemos de representar a fin de curso. Usted nos dió permiso para ello.

—En efecto, pero no podía suponer que se trataba de una obra inmoral. Menos mal que usted ha tenido la ocurrencia de ponerse una falda que, aunque a medias, vela lo más indispensable de su anatomía. Pero mire usted a sus compañeras. Los pugilistas van menos desnudos que ellas.

—Es que...

—¡No hay justificación posible!—la atajó

el profesor—. O ese pantalón desciende hasta el peroné o no hay función de fin de curso.

Y, pronunciadas estas palabras, salió del gimnasio, murmurando piadosamente:

—Perdónalas, Señor, porque no saben lo que hacen.

II

Apenas se cerró la puerta, Babe se encará con sus compañeras, y dijo con voz cavernosa:

—¡Ya lo habéis oído! Los pantalones hasta el peroné. Y si son de bayeta, mejor. Eso es una inmoralidad. Hay que disimular toda prominencia mediante corsés de aluminio. Estamos en pecado mortal desde la cintura a los metatarsianos.

Estas palabras fueron acogidas con gran algazara, y allí terminó el ensayo.

Los alumnos que tomaban parte en la revista se mezclaron con sus compañeras, y Kearney, el actor cómico de la compañía, propuso bailaran vestidas de buzos.

Babe exclamó entonces:

—No hay que pensar en eso ahora. Lo urgente es el partido del sábado. Hemos de proteger a nuestros equipiers y procurar que estén en condiciones de conquistar el campeonato.

—¡Pido la palabra!—dijo una voz varonil—. Si vosotras os preocupáis demasiado de nosotros, lo más probable es que el sábado no estemos en condiciones de salir a jugar.

—Tranquilízate, rico. Las alumnas nos hemos reunido en junta general y hemos tomado importantes acuerdos. El primero consiste en suprimir las blusas primaverales y las faldas demasiado cortas. El segundo, suprimir las miradas estilo mujer fatal. Y el tercero abstenernos de "flirtear" y coquetear. Ahora vamos a otra cuestión de suma importancia. ¿Quién es el gentil caballero que quiere pagarme la entrada al estadio?

Todo el elemento masculino se hizo el "longuis", pero en este momento, un joven que acababa de abrir la puerta, contestó:

—¡Entrarás conmigo!

El que así había hablado era Beef, un muchacho de cara feroz, que se comía los panecillos sin partílos.

Babe rechazó:

—Ya sabes, Beef, que todo ha terminado entre nosotros y no puedo aceptar de ti el menor obsequio.

—¡Rayos y truenos!—rugió Beef, haciendo caer a Babe en brazos del actor cómico—. ¡Irás conmigo o no irás! Y si alguien se atreve

a tocarte el pelo de la ropa, morirá aplastado por mi puño de acero blindado.

Kearney, cuyos brazos estaban en pleno contacto con el cuerpo de Babe, se apresuró a arrojarla lejos de sí, y Beef salió del gimnasio, en cuyo ambiente quedó flotando su terrible amenaza.

—¡Antes la muerte que seguir un minuto más en relaciones con ese monstruo!—exclamó Babe, al mismo tiempo que se arrojaba en brazos de Kearney. —¡Yo sólo puedo tener un amor!

El actor cómico tuvo un gesto de desagrado.

—Querida Babe, hasta que aprenda a borrar no cuentas conmigo.

—¡Es la hora de la clase de Álgebra!—anunció una voz femenina.

Y todas las alumnas se precipitaron en los cuartos de vestirse, de donde salieron transformadas y pudorosamente cubiertas por el uniforme.

Pero en la clase de Álgebra no estaba el profesor, y para no perder el tiempo, apartaron los bancos y ensayaron uno de los números de la revista.

Lo que sucedió después no extrañará a nadie. El profesor se volvió loco buscando la alumna que supiera la lección y la mano se le mareó a fuerza de poner céros.

III

Entretanto, en el pabellón del sexo fuerte, sucedía poco más o menos lo que había sucedido en el departamento de las alumnas.

Los libros dormían sobre los pupitres, un sueño que había empezado meses atrás, y los alegres muchachos cantaban a coro, dirigidos por Tom.

Terminado el ensayo, Tom exclamó alegremente:

—¡Tenemos la revista en el bolsillo! Ahora hemos de preocuparnos del partido del sábado.

—A propósito del partido—dijo uno de los equipiers—, allí tenemos a nuestro entrenador y a nuestro masajista.

En efecto, allí estaban. Los dos iban cabizbajos y pensativos. Sin duda, había ocurrido algo desagradable.

—¿Pasa algo malo?—preguntó Tom, dirigiéndose al masajista.

—Pregúntaselo a éste—repuso el interrogado, señalando al entrenador—. A mí no me gusta dar las malas noticias.

Tom repitió al entrenador la pregunta, lo que dió lugar a que éste se rascara la cabeza.

—Oye, Tom. ¿Cómo estás de Astronomía?

—Muy mal. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si te suspenden en esa asignatura, el sábado no podrás jugar, y si no has de poder jugar, sería mejor que no saliéramos al campo.

—¿Pero, ¿qué tiene que ver la Astronomía con el rugby?

—Más de lo que tú puedes imaginarte. Figúrate que el señor Keynon, catedrático de esa asignatura y director del colegio, ha decidido que para tomar parte en los partidos es condición indispensable no haber recibido ningún suspenso en los exámenes.

—¡Atiza! ¿Quién te ha dicho eso?

—El propio señor Keynon ha tenido la bondad de prevenirme.

—Pues estoy seguro de que me suspenden en Astronomía. Imaginaos que los exámenes son pasado mañana, y que todavía está el libro como lo compré.

Cundió el desaliento en la masa juvenil.

Tom era el as del equipo y, sin él, no había esperanza de batir a los campeones.

De pronto, tuvo el masajista una idea:

—¿Y si encontráramos a alguien que te apuntara?

—Eso es muy difícil—contestó por Tom uno de sus compañeros—. El único que podría

apuntarle es el señor Keynon, que es al mismo tiempo el único que no le puede apuntar.

—¿Debo entender—preguntó el entrenador—que no hay entre vosotros nadie que sepa Astronomía?

—Ni más ni menos.

—Pues entonces será mejor que no juguemos el sábado.

Todos estaban pensativos y descorazonados. De pronto, Tom, exclamó:

—¡Ya sé quién puede apuntarme!

—¿Quién?

—Pat, mi novia.

—¿Estás seguro de que esa chica tan guapa sabe Astronomía?

—Ella sabe de todo. Es muy inteligente.

—¡Vaya una joya!—exclamó el masajista—. Bonita, inteligente, simpática...

—¡Oye, oye! Mucho cuidado con poner los ojos en blanco cuando hables de mi novia.

—Perdona, chico. Es que me estaba imaginando que le daba un masaje.

—No perdamos tiempo y vamos a ponernos de acuerdo con tu novia—dijo el entrenador.

En aquel momento llegó Kearney, el actor cómico, que había estado ensayando con las chicas en su automóvil de segunda mano, y Tom y todos los que lo seguían tomaron el coche por asalto, para llegar antes al pabellón de las muchachas.

El auto de Kearney no tenía ningún mérito como auto, pero como antigüedad era una verdadera joya.

Apenas puso el motor en movimiento, el ve-

hículo comenzó a dar saltos, y se alejó con gran estrépito de hoja de lata.

¿Llegarían? Eso sólo Dios podía saberlo.

IV

Pat tocaba el piano en el salón de tertulia. Le hacían compañía sus dos vecinas de cuarto. Una de ellas cantaba y la otra se limitaba a escuchar.

Esa última se levantó de súbito al ver a Connie, una muchacha con lentes, medias de algodón y mandil, que entraba en aquel momento.

—¿Has lavado mi combinación, Connie?

—La estoy lavando.

—Acuérdate de plancharme el vestido para mañana—dijo la que estaba cantando.

Y Pat, por no ser menos, llamó a Connie, cuando ésta estaba a punto de desaparecer por la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

—¡Primita! Ya que vas hacia la cocina, haz el favor de llevarte estos cacharros.

Los cacharros eran un servicio de te para tres, que Pat y sus amigos acababan de usar.

Connie, humildemente, volvió atrás y se llevó la bandeja.

Aunque parecía una servidora de las demás alumnas, Connie tenía en el colegio los mismos derechos que ellas. Lo que sucedía era que las demás abusaban de su espíritu de sacrificio.

Sus medias de algodón, sus lentes y su ropa interior habían sido más de una vez objeto de burla por parte de sus compañeras, pero ella no se enfadaba nunca. Lo soportaba todo con paciencia ejemplar.

Ya se había marchado Connie, cuando llegaron Tom y sus compañeros de inquietud.

—¡Pat!—exclamó Tom, sin preámbulos—. Necesito que me salves. Pasado mañana me tengo que examinar de Astronomía y no sé una jota. Si no me apunta alguien estoy perdido, pues no juego.

—Si no juegas, ¿cómo puedes perder?

—No hagas chistes en estos trascendentales momentos, querida Pat. Es preciso que apruebe y quiero que tú me des unas cuantas lecciones y me apuntes en los exámenes.

Pat le miró con extrañeza.

—¿Que te apunte yo? ¡Pues a buena parte has venido a cogerte!

—¿Debo entender que no sabes Astronomía?

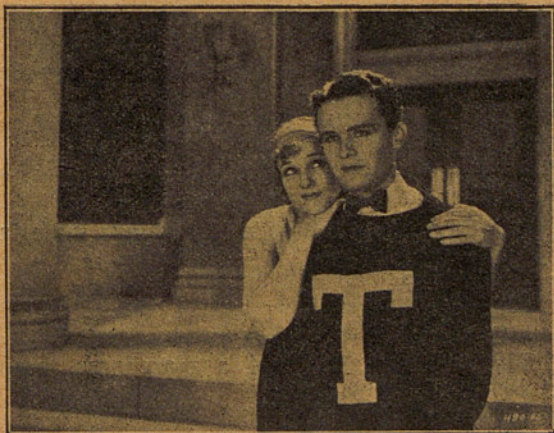
—Ni una jota.

—Pues me había parecido oírte que sabías mucho de las estrellas.

—Pero me refería a las de cine.

—¡Me he lucido, pues!

—Pero no te apures. Te voy a proporcionar lo que necesitas. Mi prima tiene un talento hasta allá, y con ella podrás obtener incluso sobresaliente.



—Mi prima tiene un talento hasta allá...

—¡No sabía que tuvieras una prima!

—No es extraño. Casi nadie lo sabe. Se pasa la vida entre el aula, su habitación y la cocina.

—Entonces debe de saber mucho.

—¿No te digo? Una especie de Franklin con faldas.

—¡Querida Pat!— exclamó entusiasmado Tom—. Me has salvado la vida.

—¿La vida?

—Sí. De no poder jugar el sábado habría sido capaz de partirme la cabeza contra una esquina.

—Lo que es como Tom apruebe—exclamó el entrenador—, le vamos a hacer un regalo hasta allá.

En este momento se oyeron los pasos de Connie que regresaba de la cocina.

—Ahí viene—dijo Pat—. Os presentaré y ultimaremos los planes.

Apenas se puso Connie al alcance de la vista de Tom, éste se la quedó mirando con la misma cara que si acabara de oler alguna materia pestilente.

—¿Esa es?

—Esa es.

—Entonces prefiero que me suspendan.

Dió un paso dispuesto a marcharse, pero el entrenador lo detuvo.

—¿Te has vuelto loco?

—Teniendo cerca una cara así, no daría pie con bola.

Pero Pat había llamado ya a Connie y Tom experimentó la sensación de que un monstruo le había cogido con sus garras, impresión que fué más intensa cuando, hechas las presentaciones, Connie estrechó la mano que él le tendió temerosamente.

Pat explicó de qué se trataba, y la abnegada primita se ofreció muy gustosa a sacar a Tom del apuro, prometiendo reunirse con él

al día siguiente, para darle algunas explicaciones de astronomía, en un aula en la que no se daba clase.

Después de convenida la hora, Tom se apresuró a despedirse y salió a la calle como quien huye de un toro.

La indelicada despedida de Tom había sido para Connie una revelación dolorosa. Por primera vez estrechaba la mano de un alumno y el resultado no pudo ser más desalentador.

Tal vez había soñado con tener un novio como su prima y como todas las muchachas lindas y jóvenes. Tal vez al ver a Tom nació la esperanza en su pecho inocente. El caso fué que no pudo soportar ahora una humillación como tantas otras que había soportado, y se echó a llorar desconsoladamente.

Pat y sus amigas la rodearon.

—Pero, ¿qué te ha pasado, mujer?

—Ahora—repuso Connie entre sollozos— me he dado cuenta de mi insignificancia. Todos me desprecian. Tom ha huído de mí como de quien sufre una enfermedad contagiosa.

—Verdaderamente—convino Pat—, no ha estado muy galante contigo mi novio. Pero de eso tú y sólo tú tienes la culpa.

—¡Yo!—exclamó Connie en el colmo de la extrañeza.

—Sí, tú. ¿Crees que puedes despertar el interés de nadie usando medias de algodón, llevando lentes y vistiendo como vistes? Verás como mañana cambia Tom de pensar.

Y añadió, dirigiéndose a sus amigas:

—Vamos a vestirla como toda mujer joven debe vestir en el siglo veinte.

Y una hora después todas empezaron a arrepentirse de haber dado aquel paso. Connie estaba mucho más bella que cualquiera de sus amigas.

V

Desde cinco minutos antes de la hora fijada, Connie estuvo esperando en el aula vacía.

En cambio, Tom llegó con cinco minutos de retraso.

Saludó malhumorado a Connie, sin reconocerla, y comenzó a pasear nerviosamente.

—¿Espera usted a alguien?—preguntó la joven.

—Sí—contestó Tom, riendo con sarcasmo—. Espero a la muchacha más preciosa del colegio. Figurese usted que usa mandil, lentes y medias de algodón. Le aseguro a usted que si no fuera porque sabe un rato largo de Astronomía, la iba a esperar el Nuncio. Pero us-

ted debe de conocerla. Se llama Connie Lane.

—En efecto, la conozco. Como que soy yo misma.

Tom dió un salto.

—¿Se burla usted de mí?

—¿Tan transformada estoy que no me reconoce?

Entonces se dió cuenta Tom de que la voz era la misma.

—¡Es maravilloso!—exclamó—. Perdóneme si en algo la he ofendido.

Estaba un poco turbado, no sólo por la sorprendente belleza de Connie, sino porque temía que la beldad tomara represalias y se negara a sacarle del apuro.

Pero el corazón de Connie seguía siendo el mismo. Jamás había sido ni sería capaz de una venganza.

Le invitó a sentarse a su lado y comenzó la lección de Astronomía.

Abrió el libro y le mostró el sistema planetario, con las órbitas, los tamaños proporcionados y los satélites de cada planeta. Lo único que faltaba eran los nombres.

—¿Qué planeta es este que aquí se ve como un puntito pegado al Sol?

—No estoy muy seguro, pero apostaría cualquier cosa a que es Júpiter.

—Se ha equivocado usted de poco. Júpiter es el más grande y éste el más pequeño. Se llama Mercurio.

—¿Mercurio y cerca del Sol? Debe de estar siempre subiendo.

—Puede usted hacer chistes si gusta. Así se le quedará más grabada la lección.

—¿Y cuál es este otro planeta, que esta cerca de Mercurio?

—Es mejor que los vaya usted nombrando. Así ganaremos tiempo.

—Pues éste es Venus. ¿Qué le parece?

—Que Mercurio y yo somos iguales. Los dos estamos al lado de una venus.

Al decir esto, no miraba el libro, sino la cara de Connie y, por cierto, de un modo, que la profesora comprendió había de serle muy difícil continuar su labor pedagógica.

—Recuerde usted esto: Mercurio le hace el amor a Venus. Así no se le olvidará que los planetas más próximos al Sol son los que acabo de nombrar.

—Puede usted estar segura que no se me olvidará. Nadie mejor que yo, que he visto sus ojos, puede saber lo que son estrellas de primera magnitud.

A partir de aquí la lección se convirtió en un coloquio, que a Connie le fué imposible interrumpir. Además, no deseaba interrumpirlo ni mucho menos.

Y, cuando vinieron a darse cuenta, habían pasado tres horas sin que Tom hubiera aprendido más que los nombres de los dos planetas más cercanos al Sol.

—Tenemos que dar por terminada la lección y no ha aprendido usted nada—exclamó desolada Connie.

—Hay una solución.

—¿Cuál?

—Espéreme esta noche en el jardín y verá como la lección resulta provechosa.

—¿En el jardín? ¿y de noche?

—Claro. En el jardín, para ver las estrellas.

Convencida por estos argumentos, Connie acudió al jardín, sin que la lección nocturna tuviera resultado más satisfactorio que la de la tarde.

En cambio, se acabaron de enamorar el uno del otro, por lo que Connie y Tom se decían que no habían perdido el tiempo.

VI

El entrenador, el masajista y todos los equipos estaban cabizbajos y pensativos en el jardín, donde acababan de reunirse.

—En el ejercicio oral—dijo el masajista—, ha estado para que le dieran un racimo de calabazas.

—Connie ha sido poco prudente. Miraba a Tom de un modo, que el señor Keynon, sospechando el ardid, la ha enviado al último banco.

—Acaso haya estado mejor en el ejercicio práctico.

—No hay esperanza.

Y todos se sumieron en la tristeza de su futuro fracaso.

De pronto exclamó el masajista:

—¡Tengo una idea!

—¡Imposible!—repuso el entrenador.

—¡Una idea genial!

—¡Más imposible todavía!

Pero el masajista, sin amilanarse, continuó:

—Al profesor Keynon le gusta mucho la música dulce. El profesor Keynon no ha llenado las papeletas todavía. Una serenata a tiempo y el profesor puede aprobar a Tom.

—Realmente, es un plan admirable—convino el entrenador.

—Manos a la obra—dijo otro—. No hay minuto que perder.

El masajista, provisto de una pequeña guitarra, subió al despacho del director, mientras sus amigos quedaban agrupados debajo de la ventana, para empezar a cantar cuando el masajista hiciera a través de los cristales de la ventana la señal convenida.

El señor Keynon, correcto siempre, recibió en el acto al masajista.

—Le agradeceré que exponga cuanto antes el asunto de su grata visita. Hoy han de quedar firmadas todas las papeletas.

—Se trata, señor Keynon—balbuceó el masajista—de que todo el colegio está pendiente del resultado obtenido por Tom en los exámenes. Tom es el as del equipo y sería un gran

trastorno para nosotros que no pudiera jugar el sábado.

El director le miró severamente.

—En vez de contestarle, voy a leer el principio del ejercicio práctico correspondiente a ese compañero, por el que ustedes tanto se interesan.

Y leyó:

—“Mercurio le hace el amor a Venus, y, como el mercurio se dilata con el calor, por estar cerca del Sol, sube”... ¿Cree usted que el autor de estos disparates puede obtener otra cosa que una soberana calabaza?

El masajista, viendo que todo estaba perdido, se acercó disimuladamente a la ventana e hizo la señal convenida.

En seguida empezó el coro. Era una canción que había tenido un gran éxito treinta y cinco años atrás, una melodía lenta y dulzona, para ser escuchada en la paz, un tanto cursi, de las antiguas reuniones.

Cambió en seguida la expresión del rostro de Keynon.

—Por primera vez les oigo cantar algo que realmente merece el nombre de música.

—Es mi canción favorita, señor Keynon. ¿Me permite usted que les acompañe?

—Sí, acompañeles.

Y el masajista comenzó a rasgar suavemente las cuerdas de la guitarra.

El director había entornado los ojos y llevaba el compás con la pluma.

El masajista se dió cuenta de que lo que no se pudiera sacar de él en aquel momento no

se sacaría nunca y, sin dejar de tocar, preguntó dulcemente:

—¿Puedo confiar en que su corazón bondadoso guiará su mano en la papeleta de Tom?

Y el profesor, sonriendo beatíficamente, firmó el aprobado.

* * *

No fué para descrita la algarabía que se produjo cuando el masajista llevó la feliz nueva a sus camaradas.

Los alumnos y las alumnas corrían alocados por el jardín, dando la noticia a todos cuantos encontraban a su paso. Se daban hurras a Tom, y, cuando lo encontraron, lo pasearon en andas.

Se improvisó en cada pabellón un baile y el entusiasmo se desbordó también en otros aspectos. Entre la juventud, el amor sólo busca ocasión de manifestarse, y así, no era extraño encontrar una pareja en cada rincón,

protegida por un mapamundi o una pizarra de caballete.

Por fin, todos volvieron a congregarse en el jardín para obligar al héroe a que les dirigiera la palabra.



... no era extraño encontrar una pareja en cada rincón...

Después habló el masajista, el cual cometió, en su alegría, la imprudencia de decir que Tom y Pat se prometerían después de obtener la victoria en el partido.

Como todo el mundo sabía que eran novios, la noticia fué acogida con gran algaraza de aplausos y vítores.

Sólo Connie sintió en vez de alegría una amargura que la hizo empalidecer.

Entonces exclamó el entrenador:

—Señores, estamos cometiendo una injusticia Tom ha tenido estos días una maestra. No nos preocupemos de si sus lecciones han sido o no eficaces. Rindámosle el debido tributo de gratitud.

Estas palabras fueron acogidas con una ovación dirigida a Connie y la muchacha, turbadísima, intentó dar las gracias.

—Me siento feliz de que Tom haya aprobado, de que podamos ganar el partido y de que Tom y Pat...

Pero no pudo terminar la frase. Cayó desvanecida en brazos de los que la rodeaban.



En la caseta, terminado el primer tiempo del partido, todos los jugadores permanecían tristes y cabizbajos, especialmente Tom, porque era el principal causante del fracaso y porque

tenía otras preocupaciones. Si ganaba, tendría que casarse con Pat, haciendo imposible su unión con Connie, que era su verdadero amor.



Cayó desvanecida en brazos de los que la rodeaban.

Todo cuanto hizo el entrenador por levantar los abatidos ánimos fué inútil. Tom parecía empeñado en no ganar y sólo él podía darles la victoria.

Salieron para comenzar la segunda parte, y grande fué la sorpresa de Tom al ver que Connie le salía al encuentro.

Estaba jadeante, como quien termina de darse una larga carrera.

—¿Tú aquí, Connie?



Todo cuanto hizo el entrenador por levantar los abatidos ánimos fué inútil...

—Sí. Me he enterado de que estabais perdiendo el partido y he venido a suplicarte que lo ganes.

—¿Aunque después tenga que casarme con Pat?

Connie se retorció las manos angustiosamente...

—Es horrible, Tom, pero gana el partido. Hazlo por mí.

—Puesto que tú lo quieres, sea.

Y, en efecto, a los diez minutos, el equipo de Tom había hecho los dos goles que necesitaba para ganar. Fué un éxito que hizo famoso al colegio Teit y del que alumnos y profesores se sintieron orgullosos al leer los comentarios de la prensa.

* * *

A los acordes de la marcha nupcial, los prometidos se dirigieron al altar por el camino alfombrado de flores. Se había rodeado el acto de una fiesta magnífica. Se leía la emoción en todos los rostros. Sólo Tom daba muestras de pesar y abatimiento.

Cuando se situaron los dos ante el sacerdote, Tom levantó por primera vez la mirada del suelo para fijarla en la que había de ser su esposa.

Al mismo tiempo, ella se quitó el velo que

cubría su rostro y Tom no pudo reprimir una exclamación:

—¡Connie!

—Sí, Tom. Pat sabía que nos amábamos y ella es quien me ha obligado a venir.

Y entonces sí que murmuró Tom fervorosamente las oraciones de ritual.

FIN

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de EDICIONES BISTAGNE y se los remitiremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones especiales

Precio popular: 1 pta.

Últimos éxitos publicados:

CHERI - BIBI

(producción hablada en español)

por Ernesto Vilches, María Ladrón de Guevara

BÉSAME OTRA VEZ

(deliciosa opereta)

por Bernice Claire, Walter Pidgeon

CAMAROTES DE LUJO

(producción hablada en español por dobles)

por Edmund Lowe, Lois Moran, Greta Nissen

LOS HIJOS DE LA CALLE

por Victor Francen, Gaby Morlay, etc.

LA DIVORCIADA

por Norma Shearer, Conrad Nagel, etc.

MADAME SATÁN

por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth

Acaba de aparecer la divertida comedia

¿CUANDO TE SUICIDAS?

por Imperio Argentina

¡SIEMPRE LO MEJOR!

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Salanás. 6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida. 8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro · 25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda · 27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental). 34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana · 46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia. 51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Bataclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reporter del diablo. 56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelkof · 62. Oro y sangre. 63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado. 68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. El defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pijamas. 78. Pobre tenorio · 79. Música de besos · 80. El otro yo. 81. El camello negro · 82. A toda marcha · 83. Me voy a París · 84. Gordas y flacas · 85. Estaré sola a media noche. 86. El hijo pródigo · 87. La aventurera · 88. Tres muchachas francesas · 89. El temerario · 90. Mi padre es un fresco. 91. Ternura · 92. Rascacielos · 93. Un provinciano en París. 94. Diosas de Montmartre · 95. La huerfanita · 96. El centauro.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
